

Literatos cristianos: Alineación total

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

No. 23, 1997, abr, pp. 91-96

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

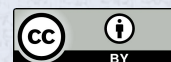
ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

Literatos cristianos

Gabriel Marcel

Alienación Total

Estas observaciones que pueden parecer sutiles ofrecen con todo a mis ojos una importancia central, pues permiten comprender el porqué la idea de una respuesta objetivamente válida a la pregunta ¿Quién soy yo? (o en otros términos ¿Qué es lo que valgo?) es en sí una contradicción; se trata de una cuestión humanamente insoluble, una cuestión que no comporta, ni puede comportar una respuesta cierta. Apenas es necesario subrayar, en efecto, que no es hacia la sociedad o hacia un grupo cualquiera a donde podré volverme con algunas posibilidades de éxito. Pero, después de todo, quizá valga la pena insistir sobre esta imposibilidad, dada la especie de prestigio, para mí por demás enteramente ficticio, de que goza lo social como tal en el mundo en que vivimos.

A partir del momento de que el individuo se adhiere a un partido o a una secta - y poco importa que se trate aquí de uno

u otra, puede llegar a conceder a ese partido o secta el derecho de dictaminar absolutamente sobre lo suyo. Pero vayámos con cuidado: admitamos que en el caso de la secta puede, en ciertos casos, subsistir a pesar de todo una cierta referencia a Dios. Consideremos, pues, solamente el partido que en nuestros días ha adquirido una fuerza tiránica apenas imaginable hace siglos. Si me adhiero a un partido, es enteramente normal que le reconozca el derecho a decidir si estoy o no en su línea. Pero esto que es claro en abstracto amenaza complicarse mucho en la práctica. Si se trata de un régimen dictatorial, si el partido no es más que la emanación de la voluntad del jefe, todo es bastante sencillo; deberemos reconocer solamente que en un caso semejante el individuo enajena toda autonomía en favor de otro individuo, está, en el sentido estricto de la palabra, fanatizado. Notemos, sin embargo, que aun en este caso límite intervienen necesariamente

elementos de confusión, pues ese jefe se presenta como llevado al poder por una comunidad de la que es el delegado, de suerte que siempre tendré el recurso de decirme que, si renuncio a mí mismo, no es en favor suyo personal, sino en beneficio de esta comunidad. Pero sabemos cual falaz es en realidad esta idea de una delegación, y sería esencial hacerle justicia de una vez por todas.

Si por otra parte ese jefe único no existe, estamos verdaderamente en la noche; pues aun cuando se distinga una mayoría en el seno del partido, es muy difícil, a menos de proceder por un acto de fe absolutamente arbitrario, pretender que esta mayoría en cuanto tal es infalible; puede ocurrir por el contrario que sea la minoría, incluso reducida a un solo individuo, la que se muestre realmente clarividente; y esto sólo puede negarse en nombre de una aritmética de los espíritus incapaz de resistir cualquier examen. La ley de la mayoría es groseramente pragmática, y sólo gracias a un paralogismo puede convertirse en una afirmación mística que la experiencia contradice manifiestamente. Sería por demás interesante ver, a la luz de los acontecimientos contemporáneos, cómo la mayoría, en las nuevas democracias, trata de desacreditar a la minoría haciéndola pasar por culpable de traición. Es un medio cómodo en verdad

de desembarazarse de ella y de las dificultades lógicamente insuperables que crea su existencia en el seno del partido.

Pero, por otro lado, conviene añadir que, salvo en los casos en que el individuo está enteramente fanatizado, amenaza subsistir en su conciencia una cierta contradicción entre la línea de conducta que se le ha prescrito seguir ciegamente, en conformidad absoluta con las consignas recibidas, y ciertos valores que a pesar de todo no acaba de mirar en el fondo de sí mismo como desdeñables. Así - y hago alusión a casos que he conocido personalmente - se ha visto retirarse a hombres del partido comunista desde el momento en que se ha exigido de ellos que declarasen falso lo que sabían que era verdadero. Ciertamente, el totalitarismo excluye en principio toda posibilidad de mantener un sector en donde el individuo guardaría el derecho de juzgar por sí mismo; pero hay que admitir que los hombres a que me refiero, al afiliarse al partido comunista, no habían adquirido plena conciencia del alcance incondicional e ilimitado de este compromiso.

¿Qué cabe concluir de este largo desarrollo que sólo superficialmente puede aparecer como una digresión, sino que yo no puedo delegar en mi partido

el poder de decidir lo que soy, lo que valgo, lo que he de hacer, sin hacerme culpable de una alienación total que equivale a un verdadero suicidio? Se podría decir que la pregunta ¿quién soy yo? no ha sido aquí resuelta, sino simplemente suprimida, no presenta verdaderamente ya ninguna significación, puesto que en último análisis no hay nadie para ponerla.

SIGNO DE LOS TIEMPOS

¡La revista DIFERENTE, ACTUAL Y VERAZ!

En 36 págs. ORIENTACIONES SOLIDAS SOBRE ECONOMIA, POLITICA, EDUCACION, FAMILIA, etc.

Los valores del Evangelio y de la Doctrina Social Cristiana aplicados a nuestra realidad.

Publicación Bimestral

Suscripción anual \$100.00

Si quieres profundizar más en esta temática suscríbete a:

CUESTION SOCIAL

REVISTA DE PENSAMIENTO UNICA EN MEXICO

En 100 págs. Ensayos, Documentos, Comentarios y reseñas de libros acerca de lo social.

Publicación Trimestral. Revista de colección.

Suscripción anual \$100.00

Promoción Especial:

Suscripción anual a las dos revistas \$180.00

Reciba un regalo sorpresa mencionando este anuncio

Envíe giro postal y sus datos completos a:



Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana

Pedro Luis Ogazón No. 56, Col. Guadalupe Inn, 01020 México, D.F. Tels. 661-30-43, 661-56-12 Fax. 661-42-86

En el D.F. llame y nosotros vamos.